



VITA CHRISTI

4. LA PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR¹

PREÁMBULO DE LA PASIÓN DEL SEÑOR

Conclusión es de todos los doctores que los dolores y tormentos que el Hijo de Dios sufrió en su Pasión, exceden a todos cuantos dolores se han hasta hoy en el mundo padecido. Si preguntas la causa de esto, entre innumerables maneras de causas y conveniencias que para esto hay, la principal fue la grandeza de su caridad y la grandeza de nuestra necesidad. Porque a la grandeza de su caridad pertenecía redimirnos copiosísima y perfectísimamente, y la grandeza de nuestra necesidad pedía esta manera de remedio tan grande.

Porque ¿quién podrá explicar cuán inhábil quedó el hombre por el pecado para todo lo bueno, especialmente para poner todo su amor, temor y esperanza en Dios, y asimismo para las virtudes de la humildad, de la castidad, de la paciencia, de la obediencia, de la mansedumbre, de la pobreza de espíritu, de la aspereza de vida, de la victoria de sí mismo, y finalmente para todos los sufrimientos y ejercicios virtuosos? Porque como por el pecado quedó el hombre tan resfriado en el amor de Dios y tan encendido en el amor de sí mismo, de aquí procedió quedar tan inhábil y tan manco para todo lo bueno.

Pues aquel Señor que vino a remediar todos estos males, convenía que remediase estos dos tan principales, transformando nuestro corazón de tal manera, que lo hiciese arder en el amor que estaba tan frío, y lo enfriase en el que estaba tan fervoroso. Pues esto hizo nuestro benditísimo Salvador y reformador, no solo mereciéndonos y enviándonos al Espíritu Santo para que hiciese esta transfiguración, sino también dejándonos en su vida, y mucho más en su muerte, eficacísimos y potentísimos estímulos para todas estas virtudes.

Para lo cual propondremos ahora los principales pasos y misterios de su sagrada Pasión, en la cual hallará el hombre tan grandes estímulos e incentivos, por una parte para amar, temer y esperar en Dios, y por otra, para las virtudes contrarias a nuestra carne, como son: humildad, paciencia y obediencia, con todas las demás, que no podrá

¹ Publicado en *Vida Sobrenatural*, 92 (2012) 140-157.

Tomamos el texto de FRAY LUIS DE GRANADA, *Obras*, Tomo XI (Cuervo, J., ed.), Fuentenebro, Madrid, 1906, 380-381.382-393. Hemos adaptado un poco el texto para facilitar su comprensión. Así mismo, hemos excluido algunas partes del texto original.





dejar de quedar muchas veces atónito de ver cómo no arde el mundo en amor de tal Dios, y cómo no desea de padecer mil cuentos de martirios por tal Señor, según son grandes los motivos que hallara aquí para lo uno y para lo otro.

LA ORACIÓN DEL HUERTO

Acabada la sacratísima Cena y ordenados los misterios de nuestra salud, abrió el Salvador la puerta a todas las angustias y dolores de su Pasión, para que todos viniesen a embestir sobre su piadoso corazón, para que primero fuese crucificado y atormentado en el ánimo, antes que lo fuese en su misma carne. Y así dicen los Evangelistas que tomó consigo tres discípulos suyos de los más amados, y comenzando a temer y angustiarse, díjoles aquellas tan dolorosas palabras: «Triste esta mi ánima hasta la muerte, esperadme aquí, y velad conmigo». Y Él, apartándose un poco de ellos, fuese a hacer oración, para enseñarnos a recurrir a esta sagrada ancla todas las veces que nos halláremos cercados de alguna grave tribulación. Y la tercera vez que oró, fue tan grande la agonía y tristeza de su ánima, que comenzó a sudar gotas de sangre, que corrían hasta el suelo, y a decir aquellas palabras: «Padre, si es posible, traspasa este cáliz de mí» (cf. Lc 22,39-46).

Considera, pues, al Señor en este paso tan doloroso, y mira cómo representándosele allí todos los tormentos que había de padecer, y aprehendiendo perfectísimamente con aquella imaginación suya nobilísima tan crueles dolores como se aparejaban para el más delicado de los cuerpos, y poniéndosele delante todos los pecados del mundo –por los cuales padecía– y el desagradecimiento de tantas ánimas que ni habían de reconocer este beneficio, ni aprovecharse de este tan grande y tan costoso remedio, fue su ánima en tanta manera angustiada, y sus sentidos y carne delicadísima tan turbados, que todas las fuerzas y elementos de su cuerpo se destemplaron, y la carne tiernita se abrió por todas partes y dio lugar a la sangre que manase por toda ella hasta correr en tierra.

Y si la carne –que de solo reflejo padecía estos dolores– tal estaba, ¡qué tal estaría el ánimo que derechamente los padecía! Testigos de esto fueron aquellas preciosas gotas de sangre que de todo su sacratísimo cuerpo corrían. Porque una tan extraña manera de sudor como éste, nunca visto en el mundo, declare haber sido éste el mayor de todos los dolores del mundo, como a la verdad lo fue. Pues, oh Salvador y Redentor mío, ¿de dónde a ti tanta congoja y aflicción, pues tan de voluntad te ofreciste por nosotros a beber el cáliz de la Pasión?

Esto hiciste, Señor, para que, mostrándonos en tu persona tan ciertas señales de nuestra humanidad, nos afirmases en la fe. Y descubriéndonos en ti este linaje de





escalofríos y dolores, nos esforzases en la esperanza. Y padeciendo por nuestra causa tan terribles tormentos como aquí padeciste, nos encendieses en tu amor.

LA PRISIÓN DEL SALVADOR, Y PRESENTACIÓN ANTE LOS SACERDOTES

Con cuanta prontitud y voluntad se haya ofrecido el Salvador por nosotros al sacrificio de la Pasión, fácilmente se conoce viendo cómo Él mismo salió a recibir a los que le venían a prender, aunque venían tan pertrechados y tan armados con linternas, y hachas, y lanzas. Y para que conociese la presunción humana que ninguna cosa podía contra la omnipotencia divina, antes que le prendiesen, con una sola palabra derribó aquellas huestes infernales en tierra: aunque ellos, como ciegos y obstinados en su malicia, ni con esto quisieron abrir los ojos y conocer su temeridad.

Mas con todo esto, el piadoso Cordero no cerró aun entonces las corrientes de misericordia, ni dejó aquel suavísimo panal de miel de destilar gotas de miel, pues allí sanó la oreja del ministro que san Pedro había cortado, y detuvo sus manos de la justa venganza que en aquel tiempo se pudiera hacer. Maldito sea furor tan pertinaz, pues ni con la vista de tan gran milagro se rindió, ni con la dulzura de tan grande beneficio se amansó (cf. Mc 14,43-52).

Mas ¿quién podrá oír sin gemido la manera en que aquellos crueles carniceros extendieron sus sacrílegas manos y ataron las de aquel mansísimo Cordero –que ni contradecía ni se defendía– y así maniatado como un ladrón o publico malhechor le llevaron con grande prisa y vocerío y con gran concurso y tropel de gentes por las calles públicas de Jerusalén? ¿Cuál sería entonces el dolor de los discípulos, cuando viesen su dulcísimo Señor y Maestro apartado de su compañía y llevado de esta manera, vendido por uno de ellos, pues el mismo traidor que lo vendió, sintió tanto el mal que hizo, que vino a ahorcarse y desesperar?

Preso pues de esta manera el Pastor, descarriáronse las ovejas, aunque Pedro –como más fiel que los otros– seguía desde lejos al piadoso Maestro. Mas entrado dentro de la casa del Sumo Sacerdote, a la voz de una mozueta negó tres veces al Señor con grandes juramentos y protestaciones, diciendo que no lo conocía, ni sabía quién era, ni tenía que ver con Él. Entonces cantó el gallo, y miró el Señor con unos piadosísimos ojos a Pedro, y acordóse Pedro de lo que el Señor le había profetizado, y saliéndose fuera –por no volver a padecer escándalo a causa del mismo peligro– lloró amargamente su pecado (cf. Mc 14,66-72; Jn 18,2-12).

Oh tu, quienquiera que seas, que a instancia y requerimiento de la mala sierva de tu carne negaste por obra o por voluntad a Dios, quebrantando su ley, acuérdate de





la Pasión de este dulcísimo Señor, y sal fuera de esa situación con Pedro, y llora amargamente tu pecado, si por ventura tendrá por bien mirarte Aquel que miró a Pedro, con los mismos ojos que a él miró, para que limpiado y purificado con Pedro, merezcas recibir después con él al Espíritu Santo.

Después de esta negación mira cuan maltratado fue el Señor en casa del Sumo Sacerdote: porque siendo Él conjurado en virtud y hombre del Padre que dijese quien era, y como Él por reverencia de este nombre diese testimonio de la verdad, aquellos que tan indignos eran de oír tan alta respuesta, cegados con el resplandor de tan grande luz, se levantaron furiosísimamente contra Él, y como a blasfemo le comenzaron a escupir y maltratar. De manera que aquel rostro adorado de los ángeles y venerado de los hombres –el cual con su hermosura alegra toda la corte soberana– es allí por aquellas infernales bocas afeado con salivas, injuriado con bofetadas, afrentado con pescozones, deshonorado con vituperios y cubierto con un velo por escarnio.

Finalmente, el Señor de todo lo creado es allí tratado como un vil esclavo, sacrílego y blasfemo, estando Él por otra parte con un rostro mansísimo y sereno, y así con blandas y comedidas palabras se quejó a uno de aquellos que lo herían, diciendo: «Si mal hablé, muéstrame en qué, y si no, ¿por qué me hieres?» (cf. Mc 14,53-66; Jn 18,13-14.19-24).

¡Oh dulce y piadoso Jesús! ¿Qué hombre, viendo esto, podrá contener las lágrimas y no partírsele el corazón de dolor?

LA PRESENTACIÓN ANTE PILATO Y HERODES Y LOS AZOTES EN LA COLUMNA

Pasada esta noche dolorosa con tantas ignominias en casa de los sacerdotes, al otro día por la mañana llevaron al Señor atado a Pilato, que en aquella provincia por parte de los romanos presidía, pidiendo con grande instancia que lo condenase a muerte. Y estando ellos con grandes clamores acusándole y alegando contra Él tantas falsedades y mentiras, y pidiendo que perdonase a Barrabás y crucificase a Cristo, Él entre toda esta barahúnda de voces y clamores estaba como un cordero mansísimo ante el que lo trasquila, sin excusarse, sin defenderse y sin responder una sola palabra, tanto que el mismo juez estaba grandemente maravillado de ver tanta gravedad y silencio y tanta serenidad de rostro en medio de tanta confusión y griterío.

Mas aunque el presidente sabía muy bien que toda aquella gente se había movido más con celo de envidia que de justicia, pero vencido con pusilanimidad y temor humano, determinó entregar al piadosísimo Rey en manos del cruel tirano de Herodes, para que él lo sentenciase. El cual vio al Señor, y escarneciendo de Él con





toda su corte, y vistiéndolo por escarnio de una vestidura blanca, se lo volvió a remitir.

Entonces Pilato –para satisfacer a la furia y rabia de los acusadores– mandó azotar al inocentísimo Cordero, pareciéndole que con esto se amansaría el furor de sus enemigos. Llegan pues luego los soldados, y desnudan al Señor de sus vestiduras, y atándole fuertemente a una columna, comienzan a azotar y despedazar aquella purísima carne, y añadir llagas a llagas y heridas a heridas. Corren los arroyos de sangre por aquellas sacratísimas espaldas, hasta regarse con ellos la tierra y teñirse de sangre por todas partes (cf. Lc 23,2-23; Jn 18,28-19,15).

Oh, pues, hombre perdido, que eres causa de todas estas heridas, ¿cómo no revientas de dolor viendo lo que padece este inocentísimo Cordero, que por tus hurtos es azotado?

Mira también cuán grandes motivos tienes aquí para todas aquellas virtudes que arriba dijimos, especialmente para amar, temer y esperar en Dios. Para amar, viendo lo mucho que este Señor por tu amor padeció. Para temer, viendo el rigor con que en sí mismo castigó tus pecados. Y para esperar, considerando cuán copiosa redención y satisfacción se ofrece aquí a Dios por ellos.

LA CORONACIÓN DE ESPINAS Y EL *ECCE HOMO*

Acabado el martirio de los azotes, comenzó de nuevo otro no menos injurioso, que fue la coronación de espinas. Porque vinieron a juntarse allí todos los soldados del presidente a hacer fiesta de los dolores y injurias del Salvador, y tejiendo primeramente una corona de juncos marinos, hincáronla en su sacratísima cabeza, para que así padeciese con ella por una parte sumo dolor, y por otra suma deshonra. Muchas de las espinas se quebraban al entrar por la cabeza, otras llegaban –como dice san Bernardo– hasta los huesos, rompiendo y agujereando por todas partes el sagrado cerebro.

Y no contentos con este tan doloroso linaje de vituperio, vístenle de una purpura vieja y rasgada, y pónenle por cetro real una caña en la mano, e hincándose de rodillas, dábanle bofetadas y escupíanle en la cara, y tomándole la caña de las manos, hiéranle con ella en la cabeza, diciendo: «Dios te salve, Rey de los Judíos».

No parece que era posible haber tantas invenciones de crueldades en corazones humanos. Porque cosas eran éstas que si en un mortal enemigo se hicieran, bastaran para enternecer cualquier corazón. Mas como era el demonio el que las inventaba, y Dios el que las padecía, ni aquella tan grande malicia se hartaba con ningún





Textos de espiritualidad dominicana

tormento, según era grande su odio, ni aquella tan grande piedad bastaban todos estos sufrimientos, según era grande su amor (cf. Jn 19,2-3).

Mas tú, anima mía, deja de considerar ahora la crueldad de los hombres y la malicia de los demonios, y vuelve los ojos a considerar la figura tan lastimera que allí tenía el más hermoso de los hijos de los hombres.

Oh pacientísimo y clementísimo Redentor, ¿qué figura es esa tan dolorosa, que martirio tan nuevo, que mudanza tan extraña? ¿Eres Tú Aquel que poco antes discurrías por las ciudades, predicando y haciendo tantas maravillas? ¿Eres Tú Aquel que poco antes en el monte Tabor resplandeciste con figura celestial y vestiduras de nieve? ¿Eres Tú Aquel testificado con voces del cielo por Hijo de Dios y Maestro del mundo? Pues, ¿cómo se perdió aquella hermosura tan grande? ¿Qué se hizo de aquel resplandor de tu cara? ¿Dónde están las vestiduras de nieve? ¿Qué es de la gloria del Hijo? ¿Qué es de la dignidad y pompa del Rey? ¿Este es el Reino que te tenían aparejado? ¿Esa es la corona, y la púrpura, y el cetro, y las ceremonias de Rey?

Ésta es, Señor, la cura de mi soberbia, ésta la satisfacción de mis atavíos y regalos, éste el dechado de la verdadera paciencia y humildad, éste el camino de la cruz para el Reino, y éste el ejemplo de menosprecio del mundo. Esto me predicán tus llagas, esto me enseñan tus deshonras, esto es lo que leo en el libro de tu Pasión.

Pues como el presidente tuviese claramente conocida la inocencia del Salvador, y viese que no su culpa sino la envidia de sus enemigos le condenaba, procuraba por todas vías librarle de sus manos. Para lo cual le pareció bastante medio sacarlo así como estaba a la vista del pueblo furioso: porque Él estaba tal, que bastaba la figura que tenía –según él creyó– para amansar la furia de sus corazones (cf. Jn 19,4-15).

Pues tu, oh anima mía, procura hallarte presente a este espectáculo tan doloroso, y como si ahí estuvieras, mira con grande atención la figura que trae éste, que es resplandor de la gloria del Padre (cf. Hb 1,3), por restituirte la que tú perdiste cuando pecaste. Mira cuán avergonzado estaría allí en medio de tanta gente, con su vestidura de escarnio colorada y mal puesta, con su corona de espinas en la cabeza, con su caña en la mano, con el cuerpo todo quebrantado y molido de los azotes pasados, las manos cruelmente atadas, y todo encogido y ensangrentado. Mira cuál estaba aquel divino rostro hinchado con los golpes, afeado con las salivas, rasguñado con las espinas, arroyado con la sangre, por unas partes reciente y fresca, y por otras fea y denegrida.

Y como el santo Cordero tenía las manos atadas, no podría con ellas limpiar los hilos de sangre que por los ojos caían, y así estarían aquellas dos lumbreras del cielo eclipsadas y casi ciegas, y hechas un pedazo de carne y de sangre.





Textos de espiritualidad dominicana

Finalmente, tal estaba su figura, que ya ni parecía quien era, y aun apenas parecía hombre, sino un retablo de dolores pintado por manos de aquellos malvados verdugos y de aquel cruel presidente, a fin de que abogase por Él ante sus enemigos esta tan dolorosa figura.

DEL LLEVAR LA CRUZ A CUESTAS

Mas como todo esto nada aprovechase, dióse por sentencia que el Inocente fuese condenado a muerte, y muerte de cruz. Y para que por todas partes creciese su tormento y su deshonra, ordenaron sus enemigos que Él mismo llevase sobre sí el madero en que había de ser ajusticiado. Toman, pues, aquellos crueles carniceros el santo madero –que según se escribe era de quince pies– y cárganlo sobre los hombros del Salvador, el cual –según los sufrimientos de aquel día y de la noche pasada, y la mucha sangre que con los azotes había perdido– apenas podía tenerse en pie y sustentar la carga de su propio cuerpo, y sobre ésta le añaden tan grande sobrecarga como era el peso de la cruz (cf. Jn 19,16-17).

En este paso puedes considerar por una parte la mansedumbre inestimable del Salvador, y por otra la crueldad grande de sus enemigos, porque ni la mansedumbre pudo ser mayor ni tampoco la crueldad.

¿Qué mayor crueldad que desde la hora de la Pasión hasta el punto de la muerte no darle una sola hora de reposo, sino añadir siempre dolores a dolores y tormentos a tormentos? Uno le prende, otro le ata, otro le acusa, otro le escarnece, otro le escupe, otro le abofetea, otro le azota, otro le corona, otro le hiere con la cara, otro le cubre los ojos, otro le viste, otro le desnuda, otro le blasfema, otro le carga la cruz a cuestras, y todos finalmente se ocupan en darle tormento. Vuelven y revuelven, llévanlo y tráenlo de juicio en juicio, de tribunal en tribunal, de sacerdote a sacerdote, como si fuera un loco de atar o un público ladrón.

Pues ¿quién no se moverá a piedad, considerando un hombre tan manso y tan inocente, y que había hecho tantos bienes a los hombres, y curándolos de tantas enfermedades, y predicándoles tan maravillosa doctrina, y después le ve cargar con una cruz a cuestras por las calles publicas con tanta ignominia?

Oh crueles corazones, ¿cómo no os mueve a piedad tanta mansedumbre? ¿Cómo podéis hacer mal a quien tanto bien os ha hecho? ¿Cómo no miráis siquiera esa tan grande inocencia, pues provocado con tantas injurias, ni os amenaza, ni se queja, ni se indigna contra vosotros?

¡Quién me diera, oh buen Jesús, que yo te pudiera dar un poco de refrigerio en esa tan grande agonía! Toda la noche has velado y sufrido, y los crueles verdugos a





porfía se han ensañado en ti, dándote bofetadas y diciéndote injurias, y después de tan largo martirio, después de enflaquecido ya el cuerpo y desangrado con tantos azotes, cargan la cruz sobre tus delicadísimos hombros y así te llevan a ajusticiar.

Oh delicado cuerpo, ¿qué carga es esa que llevas sobre ti? ¿A dónde caminas con ese peso? ¿Qué quieren decir esas insignias tan dolorosas? Pues, ¿cómo? ¿Tú mismo hablas de llevar a cuestras los instrumentos de tu Pasión?

Aquí, oh ánima mía, lleva el Señor sobre sí toda la carga de tus pecados. Dale gracias por ese tan grande beneficio, y ayúdale a llevar esa cruz por imitación de su ejemplo, y síguelo con las lágrimas de esas piadosas mujeres que le van acompañando, y mira sobre todo esto que si eso se hace en el madero verde: en el seco, ¿qué se hará?

DE CÓMO FUE CRUCIFICADO EL SALVADOR

Llegado el Salvador al monte Calvario, fue allí despojado de sus vestiduras, las cuales estaban pegadas a las llagas que los azotes habían dejado en sus espaldas, y al tiempo de quitárselas, harían esto aquellos crueles ministros con tanta inhumanidad, que volverían a renovarse las heridas pasadas y a manar sangre por todas ellas.

Pues, ¿qué haría el bendito Señor, cuando se viese desollado y desnudo? Es de creer que levantaría entonces los ojos al Padre, y le daría gracias por haber llegado a tal punto, que se viese así tan pobre y tan desnudo por su amor.

Estando pues así ya desnudo, mándanle extender en la cruz –que estaba tendida en el suelo– y obedece Él como cordero a este mandamiento, y acuéstase en esta cama que el mundo tenía aparejada, y entrega liberalmente sus pies y manos a los verdugos para clavarlos en el madero.

Pues cuando el Salvador del mundo se viese así tendido sobre la cruz, y sus ojos puestos en el cielo, ¿qué tal estaría su piadoso corazón? ¿Qué haría? ¿Qué pensaría? ¿Qué diría en este tiempo? Parece que se volvería al Padre y diría así: «Oh Padre Eterno, gracias doy a vuestra infinita bondad por todas las obras que en todo el curso de la vida pasada habéis obrado por mí. Ahora fenecido ya con vuestra obediencia el número de mis días, vuelvo a Vos no por otro camino que por la cruz. Vos mandaste que yo padeciese esta muerte por amor a los hombres, yo vengo a cumplir esta obediencia y a ofrecer aquí mi vida en sacrificio por amor».

Tendido pues el Salvador en esta cama, llega uno de aquellos malvados ministros con un grueso clavo en la mano, y puesta la punta del clavo en medio de la sagrada palma, comienza a dar golpes con el martillo y a hacer camino al hierro duro por las blandas carnes del Salvador.





Textos de espiritualidad dominicana

Los oídos de la Virgen oyeron estas martilladas, y recibieron estos golpes en medio del corazón, y sus ojos pudieron ver tal espectáculo como éste sin morir. Verdaderamente aquí fue su corazón traspasado con esta mano, y aquí fueron rasgadas con este clavo sus entrañas y su pecho virginal (cf. Lc 2,35).

Con la fuerza del dolor de la herida todas las cuerdas y nervios del cuerpo se encogieron hacia la parte de la mano clavada, y llevaron en pos de sí todo lo demás. Y estando así cargado el buen Jesús hacia esta parte, tomó el ministro la otra mano, y por hacer que llegase al agujero que estaba hecho, estiróla tan fuertemente, que hizo desencajarse los huesos de los pechos y desabrocharse toda aquella compostura y armonía del cuerpo divino, y así quedaron sus huesos tan distintos y señalados, que – como el Profeta dice– los pudieran contar (cf. Sal 21,18). Y de esta misma manera de crueldad usaron cuando le enclavaron sus sagrados pies.

Y para mayor acrecentamiento de ignominia, crucificaron al Señor fuera de la ciudad, en el lugar público de los malhechores y entre dos famosos ladrones. Y los que por allí pasaban, y los que estaban presentes, le escarnecían y ultrajaban diciendo: «A otros hizo salvos, y a sí mismo no puede salvar». Mas el Cordero mansísimo hacía oración al Padre por los unos y por los otros, y ofrecía liberalmente el paraíso al ladrón que le confesaba (cf. Lc 23,35-43).

Después de esto, sabiendo el Señor que ya todo era acabado, para que se cumpliese la Escritura, dijo «Tengo Sed». Y en esta sed le sirvieron para darle a beber vinagre mezclado con hiel, para que pues la causa de nuestra perdición había sido el gusto del árbol vedado (cf. Gn 2,5-3,21), el remedio de ésta fuese el gusto de la hiel y vinagre de Cristo. Y además de esto, no quiso este piadoso Señor que alguno de sus miembros quedase libre de tormento, y por esto quiso que la lengua también padeciese su pena, pues todos los otros miembros padecían cada uno su propio dolor (cf. Jn 19,28-29).

Pues, ¿qué sentirías tú en este paso, Virgen bienaventurada? Tú, que asistiendo a todos estos martirios y bebiendo tanta parte de este cáliz, viste con tus propios ojos aquella carne santísima –que tú tan castamente concebiste y tan dulcemente criaste, y que tantas veces reclinaste en el seno y apretaste en tus brazos– ser despedazada con azotes, agujereada con espinas, herida con la caña, injuriada con puñetazos y bofetadas, rasgada con clavos, levantada en un madero y despedazada con su propio peso, e injuriada con tantas deshonras y, por último, amargada con hiel y vinagre.

Y no menos viste con los ojos espirituales aquella ánima santísima llena de la hiel de todas las amarguras del mundo, ya entristecida, ya turbada, ya congojada, ya bramando, ya temiendo, ya agonizando, en parte por el sentimiento vivísimo de sus dolores, en parte por las ofensas y pecados de los hombres, en parte por la compasión de nuestras miserias, y en parte por la compasión que de ti –su Madre dulcísima– tenía





viéndote asistir presente a todos estos sufrimientos, para cuya consolación y compañía –encomendándote al amado discípulo– dijo: «*Mujer, ahí tienes a tu hijo*» (Jn 19,27).

Después de esto mira cómo el Salvador expiró, haciendo oración por nosotros con gran clamor y lágrimas, encomendando su espíritu en manos del Padre. Entonces el velo del Templo súbitamente se rasgó, y la tierra tembló, y las piedras se hicieron pedazos, y las sepulturas de los muertos se abrieron. Entonces, el más hermoso de los hijos de los hombres, oscurecidos los ojos y cubierto el rostro de amarillez de muerte, pareció el más feo de todos los hombres, hecho holocausto de suavísimo olor por ellos para revocar la ira del Padre que tenían merecida (cf. Mc 16,37-38).

Mira pues, oh santo Padre, desde tu santuario en la faz de tu Cristo, mira esta sacratísima Hostia, la cual te ofrece este Sumo Sacerdote por nuestros pecados.

Mira tú también, hombre redimido, cuál y cuán grande es Éste que está colgado en el madero, cuya muerte resucita los muertos, cuyo transito lloran los cielos, y la tierra, y hasta las mismas piedras. Pues, ¡oh corazón humano, más duro que todas ellas, si teniendo tal espectáculo delante, ni te espanta el temor, ni te mueve la compasión, ni te aflige la compunción, ni te ablanda la piedad!

LA LANZADA DEL SEÑOR Y LA SEPULTURA

Y como si no bastaran todos estos tormentos para el cuerpo vivo, quisieron también los malvados ejecutar su furor en el muerto, y así después de expirado el Señor, uno de los soldados le dio una lanzada en el pecho, de donde salió agua y sangre para lavatorio de nuestros pecados (cf. Jn 19,31-37).

Levántate pues, oh esposa de Cristo, y haz aquí tu nido como la paloma en los agujeros de la piedra, y como pájaro edifica aquí tu casa, y como tórtola casta esconde aquí tus hijuelos. Pon aquí también la boca para que bebas aguas de las fuentes del Salvador, porque Éste es aquel río que salió de en medio del paraíso, el cual fecunda, riega y hace fructificar toda la faz de la tierra (cf. Gn 2,10-14).

Finalmente, viniendo después aquel noble centurión José, y con él Nicodemo, teniendo licencia de Pilato, quitando el santo cuerpo de la cruz, lo envolvieron en una sábana limpia con olorosos unguentos, y pusieronlo en un monumento. Donde aquellas santas mujeres que seguían al Señor en la vida, le sirvieron también en la muerte, trayendo unguentos olorosos para ungir su sacratísimo cuerpo (cf. Jn 19,38-42).

Entre las cuales, María Magdalena ardía con tan grande fuego de caridad, que olvidada de la flaqueza mujeril, ni por la oscuridad de las tinieblas, ni por la crueldad





Textos de espiritualidad dominicana

de los verdugos se podía apartar de la visitación del sepulcro, antes perseverando en aquel lugar y derramando muchas lágrimas, despidiéndose los discípulos, ella no se despedía, porque era tan grande su amor y la impaciencia de su deseo, que en ninguna otra cosa tomaba gusto sino en llorar la ausencia de su amado, diciendo con el Profeta: «Fuéronme mis lágrimas pan de noche y de día, mientras dicen a mi anima: ¿dónde está tu Dios?» (Sal 41,4; cf. Lc 23,55-56).

Pues, oh buen Jesús, concédeme, Señor –aunque indigno– que ya que entonces no merecí hallarme con el cuerpo presente a estas tan dolorosas obsequias, me halle en ellas meditándolas y tratándolas con fe y amor en mi corazón, y experimentando algo de aquel afecto y compasión que tu inocentísima Madre y la bienaventurada Magdalena experimentaron en este día.

FRAY LUIS DE GRANADA

